

de establecer relaciones causales a través de las barreras cronométricas, rechazo de una perspectiva lineal en beneficio de ciclos repetitivos... Escribir la historia no es ni conocer verídicamente, ni comprender el pasado: es ponerlo en orden.

Así la civilización de la duración, de la tradición, de la memoria es, de todas las culturas que han cubierto el mundo, una de las menos aptas para la historia.

V. CRISTIANDAD E HISTORIA. LA LEYENDA DE LOS SIGLOS OSCUROS

¿FUE la Edad Media esa "gran noche" durante la cual la actividad histórica habría, como lo ha afirmado Ch.-V. Langlois, "vuelto a la infancia"? No faltan las pruebas de su decadencia.

¿DECADENCIA?

Inmediatamente después de las invasiones germánicas, la historia, como todas las formas de vida cultural, parece periclitarse. La *Crónica* atribuida a Fredegario, que fue escrita hacia 660, cuenta tantos barbarismos y solecismos como palabras. Su fondo no vale más que la forma, si hemos de creer el juicio que da de ella Adolfo Bartoli: "Credulidad, confusión e ignorancia exceden en ella todo límite; nos encontramos en un mundo en el que el pensamiento ha caído tan bajo que mueve a compasión, un mundo en el que ya no existe el concepto de historia." Cien años antes, en el otro extremo del mundo cristiano, en aquel imperio de Oriente que, sin embargo, ha escapado a la catástrofe, un retórico sirio, Juan Malala, había compuesto otra historia universal, una *Cronografía*, no menos mediocre. Abandonando el griego clásico por un idioma popular desordenado, acumulaba los hechos más extraordinarios en una especie de enciclopedia de lo fantástico en la que pululaban errores históricos.

Semejante regresión no fue, sin embargo, ni general, ni duradera. En los dos extremos de ese siglo VII nocturno, que ilustra de bárbara manera el pseudo-Fredegario, brillan dos *Crónicas* que no carecen de cualidades, obras de hombres de cultura, Isidro, obispo de Sevilla, y Beda, un monje del Durham. Más tarde, vemos a los fundadores de imperios pedir a Clío lustre y legitimidad para sus frágiles construcciones: Eginardo (c. 775-844), superintendente de la corte de Carlomagno, escribe una *Vita et gesta Caroli Magni*: el poeta Ermoldo el Negro, de la abadía de Aniane, canta a su sucesor, Luis el Piadoso; el monje Widukind y el obispo Liudprando en la segunda mitad del siglo IX, glorifican la dinastía otoniana. Un nieto de Carlomagno, Nithard, se hace el historiador de las luchas que oponen a los herederos del Imperio carolingio. Alfredo el Grande (871-901), rey de Inglaterra, que tradujo él mismo al inglés la *Historia del Mundo* de Orosio, dio un impulso decisivo a la continuación de los *Anales reales* (*Anglo-saxon chronicle*), donde fueron recogidos todos los textos relativos a la historia de la Gran Bretaña desde los comienzos de la conquista romana. El emperador bizantino Constantino Porfirogeneta (911-959) no desdeñó, él tampoco, entregarse a trabajos históricos: biógrafo de uno de sus predecesores, Basilio el Macedonio reunió en una gigantesca recopilación las principales obras de los historiadores griegos y latinos. Ciertamente que en Bizancio las condiciones eran más favorables que en el Occidente: la tradición cultural helenística se dejaba sentir allí de manera positiva en

tanto que en el resto de Europa, hasta el siglo XI, los renacimientos no eran sino efímeras resurgencias, en focos dispersos, de una latinidad degradada.

La historia no es, pues, un género abandonado durante la primera Edad Media. Tampoco es un género homogéneo, practicado de manera idéntica. Debe más su unidad a los historiadores que la practican que a las obras que la constituyen.

CLÉRIGOS HISTORIADORES E HISTORIAS RELIGIOSAS

Hast más allá del año mil, la gente de Iglesia ejerce en la cristiandad occidental un casi monopolio historiográfico. Dan a la historia un estilo esencialmente religioso; por su perspectiva, teológico; por su tema, eclesiástico; por su finalidad, ético.

Indudablemente los clérigos no ignoran cierta forma de historia política y militar; nacional primero, recién formados los reinos germánicos; dinástica después, con los renacimientos imperiales. Entre 550 y 750, Jordannes, obispo de Ravena; Gregorio, obispo de Tours; Isidoro, obispo de Sevilla, y dos monjes, Beda de Jarrow y Paulo el diácono de Monte Cassino, escriben respectiva y sucesivamente la historia de los ostrogodos, la de los francos, la de los visigodos, la de los anglosajones y la de los lombardos. Eginardo —abad del monasterio de Fontenelle—, Ermoldo de Aniane, Widukind —monje de Corvey— y el obispo de Cremona, Liudprando, reintroducen, en los siglos IX y X, la biografía cortesana. *Gesta regnum, facta regnum*,

gesta regalia..., la historia política y guerrera de los reyes y de los emperadores, constituye una parte importante de la actividad como historiadores de los clérigos. Sin embargo, incluso cuando están movidos por un sentimiento patriótico, como Isidoro y Paulo el diácono, o por un espíritu cortesano, monjes y obispos escriben como cristianos. Gregorio de Tours (539-593) compone su *Historia Francorum* con la intención principal de hacer la historia de cada sede episcopal de la que es titular; la *Historia Anglorum* de Beda el Venerable (673-735) es de hecho el relato de la evangelización de la Gran Bretaña. Una y otra son historias eclesiásticas.

Porque las historias eclesiásticas forman la parte esencial de la producción histórica de los clérigos. No historias generales de la Iglesia —se limitan a recopiar la de Eusebio, traducida al latín por Rufino a comienzos del siglo V, continuada por Sócrates,* Sozomeno y Teodoreto, y armonizada por Casiodoro hacia 570—, sino historias particulares: la de una sede episcopal, la de un monasterio, la de una comunidad. Dos circunstancias favorecen su aparición: la existencia de *Anales*, de una parte, y los conflictos de intereses suscitados por la riqueza de la Iglesia, de otra parte. Serie de menciones breves y deshilvanadas, los *Anales* consignaban, año tras año, los hechos que su oscuro redactor juzgaba memorables. Con el paso del tiempo, se convirtieron en una fuente para historiadores que disponían igualmente de cartas de donaciones y de privilegios más o menos bien archivados. Las historias eclesiásticas son

* Sócrates el Escolástico. [T.]

pues, a partir del siglo X, unas obras documentadas, así la *Historia de la Iglesia de Reims*, del canónigo Flodoardo (894-966), la *Historia del monasterio de Saint-Bertin*, del abate Folcuino (muerto en 990) y la *Crónica del monasterio de Farfa*, redactada a comienzos de los años 1200, en la cual el benedictino Gregorio de Catine no cita menos de 1 324 documentos oficiales.

Muy diferentes, pero no menos deslavazadas, son las cronografías universales, género muy apreciado a lo largo de toda la Edad Media. De la *Crónica* de Isidoro de Sevilla (636) a la de Antonino, arzobispo de Florencia (1470), no hay siglo que no haya visto surgir, en los lugares y bajo los nombres más diversos, esos vastos frescos puntillistas que, en seguimiento de los de Eusebio y de Orosio, describían la ruta por la que ha pasado la humanidad desde la Creación o, más raramente, desde el nacimiento de Cristo. Las de Beda (700), de Reginon de Prum (906), de Herman el Breve —o el Contrahecho—, un monje de la abadía de Reichenau de quien *Las seis edades del mundo* seguían explícitamente la división agustiniana en seis épocas adoptada por la mayoría de los cronógrafos, las del benedictino Sigebert de Gembloux (1113), del obispo Otto de Freisingen —que termina con el anuncio del final de los tiempos—, se han contado entre las más leídas y las más copiadas en Occidente; las de Cedrenus (1057), de Seylitzes (1079) y de Zonaras (1017), las más reputadas en el imperio bizantino. Todas vaciadas en la cronología “sagrada” *ab Adam* —desde Adán.

Por difundidas que estuviesen estas crónicas universales no tuvieron en modo alguno la formidable influencia de las *Vidas de santos* y de las colecciones de milagros. ¿Quién no conoce la *Leyenda dorada* en la cual el dominico Jacopo da Varazze [Jacobo de la Voragine] (1230-1298) reunió, recomponiéndolas, más de 150 de esas vidas? El título de la obra, es cierto, el hecho también de que tal literatura sea designada por el término, vuelto despectivo entre los historiadores, de hagiografía, pueden hacer creer que aquí ya no se trata de historia. De hecho, el vigoroso esfuerzo crítico emprendido con el siglo XVII por los bolandistas y protegido después ha demostrado cómo por la ampliación, la alteración, la confusión, la invención, incluso la superchería, los hagiógrafos de la Edad Media, menos probos que sus predecesores africanos de los siglos III y IV, sacrificaron el amor a la verdad al deseo de la edificación moral y espiritual. Sin embargo, no todo es fábula, ni mucho menos, en esta abundante producción. "Leyenda dorada" no significa "cuento fantástico" sino, más precisamente, la historia que hay que leer — en el rectorio del convento, por ejemplo — el día de la fiesta del santo, con el fin de embellecer el alma de los oyentes.

Género histórico, las *Vitae sanctorum* no son únicamente obras históricas. Por su índole compleja, plantean, de manera irritante, la cuestión del estatuto de la historia en la civilización cristiana.

UNA FALSA ANTINOMIA

A Marc Bloch, que caracteriza el espíritu medieval por una "vasta indiferencia en cuanto al tiempo", hace eco Philippe Ariès, que afirma: "El hombre de la Edad Media no considera jamás el pasado como muerto, y a esto se debe que logre tan mal plantearse como objeto de conocimiento."

De hecho, parece que existe antinomia entre la sensibilidad y la cultura de la Edad Media cristiana, de una parte, y la práctica de la historia, de otra. La historiografía clerical da con frecuencia una impresión de impotencia. En su *scriptorium* el monje es en primer lugar un copista que quiere transmitir y no innovar; compila, traduce, resume, imita, y en el mejor de los casos continúa las obras procedentes de la antigüedad. Eginardo calca su *Vida de Carlomagno* sobre la de Augusto tal como Suetonio la escribió siete siglos antes. Para componer una parte de sus *Anales*, Lampert, monje de Hersfeld, entra a saco en Tito Livio (c. 1070). La *Crónica* de Régimont de Prüm (906) reproduce y prosigue la de Beda (700), que reproducía y proseguía a su vez la de Isidoro (626), la cual estaba inspirada en la *Historia del Mundo* de Orosio (417). ¿Se puede calificar de histórico un método de creación continua en el que la copia supera siempre a la aportación personal, donde a la lenta sedimentación de los *Anales* se agrega la compilación? A este engendramiento lineal se opone el embrollo estructural de las *Vidas de santos* constituidas por rapiñas y fevores.

A esta pasividad... laboriosa, los clérigos historiadores agregan una especie de ininteligencia sistemática. Siendo la Providencia la causa de todo y manifestándose a menudo por intersignos misteriosos, ¿a qué explicar lo que se cuenta? "No pretendo esclarecer la voluntad divina", reconoce en su *Historia eclesiástica* el monje inglés Orderic Vital, "no quiero divulgar las causas ocultas de las cosas. Porque a petición de mis compañeros, escribo una simple historia en la que cuento los hechos año por año."

La historia, género menor, no es en el mejor de los casos sino la sirviente de la moral —las *Vidas de santos* son edificantes—, de la teología —las cronografías universales revelan el plan de Dios— o de las vanidades clericales: las historias eclesiásticas retrotraen hasta los tiempos apostólicos la fundación de sedes episcopales y hacen de los monasterios oasis de santidad.

Por eso, no se enseña la historia; ni aun en las universidades, en las que es la auxiliar de la gramática y de la exégesis. Por lo demás, no hay verdaderos historiadores en la Edad Media, sino teólogos, moralistas, filósofos, canonistas, predicadores, que hacen, al llegar la ocasión, obra histórica. Singular situación de la historia debida a una cultura cristiana que logra extirpar de la *Sacra Pagina* —que así es como se designa la teología— lo que fundamenta el cristianismo: la historicidad.

Sin embargo, la exclusión no es total. La Iglesia cristiana no puede pasar por alto la función historiográfica que es la suya. Cada año establece

calendario litúrgico al que la fecha móvil y crucial de la Pascua lo obliga a modificar constantemente. La autoridad del papa se enraiza en la serie de los soberanos pontífices, sucesores de San Pedro: el *Liber pontificalis*, colección de las biografías pontificias garantiza la continuidad de la institución; los *Libros episcopales*, establecidos también a partir de la alta Edad Media, desempeñan un papel similar respecto de las sedes episcopales.

Queda lo que P. Chaunu llama "la práctica social cotidiana", el conjunto de los recursos, jurídico, político, diplomático, a la historia para fundamentar reivindicaciones y pretensiones. Indudablemente, no se trata aquí de historiografía, de escritura de la historia. Pero esta relación estrecha y permanente con un pasado invocado, por lo tanto evocado, por lo tanto conocido, dice bien que en la Edad Media funcionaba una memoria colectiva informal. Como apunta P. Chaunu: "La Edad Media vive demasiado de la historia para que hable de ella."

LA HISTORIA SECULARIZADA

A partir del siglo XII, la historiografía occidental cambia de caracteres; se seculariza doblemente, por una parte a la vez en el siglo y ser de su siglo.

Con las Cruzadas el espacio se dilata; al más allá sobrenatural de los milagros y de los prodigios aparece el más allá de los horizontes familiares atravesados de pronto por lejanas expediciones militares dignas de ser referidas. Como en los tiempos de Herodoto y de Jenofonte, Clío surge del

Oriente recorrido y combatido. En la edad de los caballeros, la gloria de la proeza rivaliza con la de Dios, incluso si, por un tiempo, la Cruzada las confunde. Es al guerrero a quien corresponde humanizar la historia.

Constitúyense sólidos Estados, que administran hasta su propia memoria cuya gestión y fabricación confían a los archivistas y a los historiadores familiares del príncipe.

El latín y los eruditos pierden su monopolio; gentiles hombres y burgueses componen en lenguas vulgares obras cuyo carácter histórico se reconoce actualmente. Porque, mientras se desprende de la teología y sale de los *scriptoria* monásticos, la historia entra en la literatura. Por una singular paradoja, en el momento en que se reduce a crónica del tiempo vivido y renuncia, en mayor o menor medida, al intento de profunda perspectiva desde el alfa original, es cuando la historia adquiere un estatus definido: distinta de la canción de gesta y de la poesía épica, se convierte en el relato en prosa de los hechos brillantes de que la historia da testimonio.

También ciertos géneros como los pequeños *Anales*, desaparecen; otros, como las *Historias* eclesiásticas y las *Vidas* de santos, pierden el aliento. Sin embargo, las cronografías universales siguen siendo también apreciadas; en la primera mitad del siglo XII se las ve multiplicarse y difundirse (cronografías de Sigeberto de Gembloux, de Honorio de Autun, de Ekkehard de Aura y de Otto de Freisingen), y el siglo XIII, en sus extremos, fija el término de las cronografías de Robert d'Auxerre y de Guillaume de Nangis a

las que los continuadores darán vida hasta el alborar del siglo XVII. Los cambios se operan, en efecto, lentamente. Es a unos monjes, los de Saint-Dennis, a quienes los reyes de Francia confían la tarea de escribir una historia oficial del reino, la *Grande Chronique de France*, cuya primera redacción en lengua francesa data de 1274; un benedictino, Guibert de Nogent, es quien escribe en latín, la única *Historia de la primera cruzada*; el obispo de Tolemaida, Jacques de Vitry es quien, en su *Historia orientalis*, deja la primera descripción de Tierra Santa convertida de nuevo en cristiana.

Sin embargo, ya han aparecido nueva historia y nuevos historiadores. Las literaturas nacionales que se constituyen entran en la edad de los cronistas y de las crónicas. La palabra "crónica" designa entonces dos géneros muy distintos, el uno del otro, y el uno y el otro de la venerable crónica universal. Se trata ya sea de la relación de sucesos muy contemporáneos en los que ha intervenido el autor, o bien de una síntesis más o menos elaborada de los documentos relativos al pasar de los grandes Estados que se crean o se afirman.

Militar, la crónica nace de la guerra santa. Es mediterránea. Un señor de la Champagne, Villehardouin (1150?-1213?), y un pobre caballero picardo, Robert de Clari, hacen el relato de la cuarta Cruzada y de la caída de Constantinopla; el senescal de Champagne, Joinville, compone en 1309 *Le livre des saintes paroles et bonnes actions de notre saint roi Louis* (El libro de las santas palabras y buenas acciones de nuestro santo rey Luis) gran parte del

cual está consagrado a la séptima Cruzada. Veinte años más tarde, un aventurero catalán, Ramón Muntaner, celebra en su *Crónica* las hazañas italianas, griegas, bizantinas y marroquíes de Jaime I de Aragón. La guerra de los Cien Años inspira a Juan el Hermoso y a Froissart (1328-1400). Los dos son hombres de Iglesia, pero son "nuevos clérigos" que sirven a uno o a varios señores y que fijan su testimonio con tanta ingenuidad como servilismo sobre la vida de corte y las batallas que asuelan el siglo.

La crónica se hace así política. Esta evolución se ha dibujado muy pronto en la Italia de las ciudades mercantiles, la *Nuova Cronica* del negociante florentino Giovanni Villani (1280?-1348) señala el nacimiento de una historiografía burguesa, social y sobre todo política. Ciertamente que la primera parte de la obra es una cronografía universal *ab Adam*; pero la segunda está consagrada a la evolución de Florencia entre 1265 y 1348. En Luca (*Croniche* de Sercambi), en Florencia, se prosigue a lo largo de todo el siglo XIV este discurso, desacralizado, realista y, en cierto modo, nacional, sobre el próximo pasado, que anuncia el humanismo y el Renacimiento. Análoga por sus curiosidades pero diferente por sus fines es la historiografía oficial de los jóvenes Estados. Los duques de Borgoña mantienen historiadores — "indiciarios" —, tales como Georges Chastellain (1404-1475) y Olivier de La Marche (1426-1502), encargados de relatar sus grandes hechos. En Francia, en Castilla, en Portugal, en Inglaterra, las funciones de los historiadores son más complejas. Archivistas, compilan un *corpus* de

documentos relativos a las antigüedades del país; Alfonso X, que reinó de 1252 a 1284, hizo componer la *Crónica general de España* y en 1334 Alfonso IV de Portugal una *Cronica geral*; en Inglaterra y en Francia, donde las *Grandes crónicas* estaban ya reunidas, los historiadores les dieron una estructura más homogénea por una síntesis de diversas noticias que las componían.

Al consagrarse varias memorias, la Europa cristiana sella la muerte de la cristiandad. A la era de la fe sucede, en historia, la era de la razón, la del docto y la del Estado. Ocurre al parecer lo mismo en el mundo árabe, con la sola diferencia de que a la decadencia cultural del Islam sucedió no otra memoria, sino una amnesia.